

CULTURA&ESPECTÁCULOS



UNA NOCHE EN EL PARAÍSO
LUCIA BERLIN
Alfaguara, 2018
280 pp.
\$ 14.000



WELCOME HOME
LUCIA BERLIN
Farrar, Strauss and Giroux
176 pp.
US\$ 16,5 en amazon.com



FOTO: COPYRIGHT LITERARY ESTATE OF LUCIA BERLIN

► Lucia Berlin y su hijo David en Albuquerque en 1963, retratada por su tercer marido, el músico Buddy Berlin.

Lucia Berlin: retrato de familia

Convertida en celebridad literaria en forma póstuma, la escritora que murió en California en 2004 es aquí descrita por su hijo Jeff y uno de sus alumnos. Dos libros rescatan su elegante y sagaz obra narrativa.

Por Antonio Díaz Oliva

Le faltaba el aire y su enfermedad la había vuelto tímida. No le gustaba que los demás sintieran lástima por ella. Por entonces Lucia Berlin parecía demasiado enferma, pero aun así mantenía su lado social: recibía visitas en la puerta del jardín, con el tubo de oxígeno tras de sí, e invitaba a sentarse en la mesa de la cocina.

Era comienzos del 2000 y la escritora estadounidense, fenómeno literario del último tiempo, había regresado a California. Lucia Berlin estaba de vuelta en el estado donde vivió los años 70 y 80, don-

de hizo todo tipo de trabajos: profesora de escritura creativa en la cárcel, ama de llaves, asistente de un médico, maestra de escuela y operadora de tele-mercado.

Enferma de cáncer al pulmón, sus primeros meses de regreso en California los pasó en una pequeña casa, en la parte trasera del terreno de su hijo Dan, por aproximadamente un año, y luego se mudó a un apartamento en Marina del Rey, en Los Ángeles. Fue ahí donde Lucia Berlin murió, el 12 de noviembre del 2004, el mismo día de su cumpleaños número 68.

"En general era feliz", dice Jeff Berlin, el segundo de los cuatro hijos de la escritora, "aunque el cán-

cer la tenía débil, por lo que no escribió mucho en esos últimos días".

Jeff Berlin ha estado a cargo de lo que fue el último proyecto literario de su madre: *Welcome Home*, una serie de bocetos autobiográficos desde el nacimiento de Lucia en Alaska, 1936, pasando por su primera infancia en las ciudades mineras del oeste estadounidense, donde su padre era ingeniero, hasta los años que pasó en Texas con su abuelo materno, un dentista, antes de que su familia se mudara a Chile después de la Segunda Guerra Mundial. *Welcome Home* es una de las dos novedades de Lucia Berlin que se publican en el mundo literario anglo: la otra, *Una*

noche en el paraíso, es una nueva antología de cuentos que llega al español por Alfaguara (traducción de Eugenia Vázquez Nacarino).

Una noche en el paraíso se puede leer como la secuela de *Manual para mujeres de la limpieza*, el libro que trajo la vida y obra de Lucia Berlin a los lectores del mundo, un bestseller en Estados Unidos y nombrado por el diario El País de España como el mejor libro del 2016.

"Todo comenzó con una excelente crítica en The New York Times. Mucha gente la leyó y empezó a correr la voz. El resto, como se dice, ya es historia. Parece ser aún más famosa en España y en América Latina, lo que para mí es un misterio", comenta Jeff Berlin, quien vive en California, donde trabaja como diseñador gráfico.

Pero la conexión entre Lucia Berlin y el mundo hispano y latino sí tiene sustento. Uno literario y autobiográfico: la autora vivió en Chile durante varios años, así como más tarde en diversas partes de México. Pero puede que en Santiago haya tenido sus años formativos y sentimentales. Fue ahí donde cursó la educación media, en el Santiago College, y tuvo una vida de riqueza y privilegio, una que se puede rastrear en sus cuentos sobre fiestas en embajadas, la tensión social previa a la reforma agraria, los clubes de yates, los almuerzos en el hotel Crillon, las onces en El Golf y los veraneos en Viña del Mar.

"Mi madre mencionaba a Chile a menudo", dice Jeff Berlin, "pero en verdad mis recuerdos más vívidos

proviene de los cuentos que escribió sobre su tiempo en Chile".

De los 21 relatos incluidos en *Una noche en el paraíso*, el que más profundiza sobre sus experiencias en Chile es *Andado: un romance gótico*. En este, ambientado en 1949, una chica adolescente es invitada por un amigo de su padre a pasar un fin de semana en el campo. Tal como Berlin, la narradora vive una vida acomodada; su madre se refugia en la botella y las pastillas; y su padre se la pasa en recepciones de embajadas y con empresarios. Ninguno de los dos conecta realmente con la sociedad chilena. Ni siquiera hablan en español. No así la narradora, quien usa palabras y chilanismos como metete, pololeo y medio pelo.

De vuelta a casa

A comienzos de los 90 Sergio Waisman estudiaba una maestría en escritura creativa en la Universidad de Colorado. Dice que tuvo suerte, porque justo en su segundo año Lucia Berlin fue contratada. Y así, la autora incluso se convertiría en su profesora guía. Tal como ella, Waisman es bilingüe. Actualmente, de hecho, es el traductor de Ricardo Piglia al inglés, además de profesor en la Universidad George Washington.

"Hablabamos de vez en cuando en español, comparábamos acentos y coloquialismos, el tipo de expresiones que solo un extranjero (o un traductor, o un viajero) puede notar", recuerda. "Las ex-

CULTURA&ESPECTÁCULOS

VIENE DE PÁG 95

perencias de Lucia Berlín en América del Sur, y la forma en que estas experiencias (y también sus lecturas de escritores latinoamericanos) entraban en sus historias y su estilo, fue lo que la hizo perfecta como profesora y mentora".

En esos años Berlín tenía poca lectoría. Pero iba en alza. Había publicado tres libros de cuentos con la editorial Black Sparrow, la misma que contaba con autores como Charles Bukowski y Paul Bowles en su catálogo. Y en 1991 había ganado el American Book Award.

"Bueno, tres matrimonios, cuatro hijos y un severo alcoholismo. Esos fueron los principales obstáculos de su carrera literaria", dice Jeff Berlin.

El primer relato publicado de Berlín fue a los 24 años, en *The Noble Savage*, la revista literaria de Saul Bellow. Luego de eso se dedicó más a la vida literaria que a la literatura: vivió en Nueva York, fue amiga de poetas y beats, se casó con un escultor y también con dos jazzistas, crió cuatro hijos y luchó con el alcoholismo. "Mi infancia fue una locura, pero una locura feliz, la recuerdo con alegría, por lo menos hasta que el alcoholismo de mi madre se salió de control", dice Jeff Berlin. "Entonces simplemente se convirtió en una locura sin la parte alegre", agrega.

Si bien escribió durante casi toda su vida, Lucia Berlín no fue tan consistente en cuanto a crear una carrera literaria. Pese a que en un momento tuvo un contrato con una editorial grande, por una novela que todavía no había terminado. Pero la narradora prefirió no hacerlo. "Nada me ha golpeado tan fuerte, moralmente", le escribió a un amigo, y de ese modo abandonó la novela.

Berlín seguiría solo con cuentos largos y breves. Publicaría algunos de estos en editoriales independientes y luego, durante los 90, en Black Sparrow. Su nombre se mantendría en los márgenes. Por lo menos hasta su segunda vida literaria, aquella que llegó con *Manual para mujeres de la limpieza*, libro traducido a más de 14 idiomas.

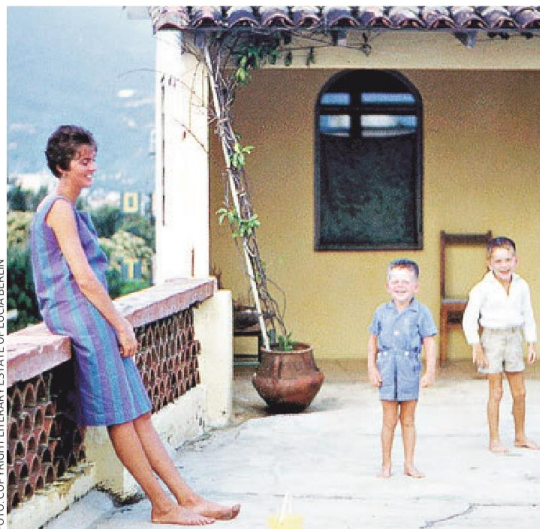
mas. Un escenario que incluso en su mejor momento, como profesora universitaria y autora publicada, parecía irreal.

"Mi madre continuó escribiendo durante su adultez, pero no estaba realmente enfocada en ser publicada. Probablemente se sentía frustrada por eso. Y solo una vez que comenzó a escribir de nuevo, a principios de los 70, se mostró más seria al respecto", dice Jeff. "Le gustaba que la publicaran y amaba enseñar, pero como autora seguía en los márgenes".

Sergio Waisman, en tanto, la recuerda como una profesora cercana. "Caminaba por el campus con su tanque de oxígeno", dice. "Lucia siempre tenía tiempo para mí y para los otros estudiantes. La veíamos en el taller de la universidad, pero también organizaba una especie de reunión semanal en la casa donde vivía".

En *Welcome Home* (aún sin traducción al español), Berlín recorre su vida. Desde Alaska, pasando por Texas y Chile, la universidad en Nuevo México, sus años en Nueva York, romances y amantes varios, hasta terminar con sus viajes por México con sus hijos Jeff y Mark, además del padre adoptivo de estos, Buddy, jazzista y adicto a la heroína. En *Welcome Home* Lucia Berlín solo le dedica una viñeta narrativa a Chile. Lleva por título la dirección donde vivió (Hernando de Aguirre 1419), en Providencia. Son años que evoca con una mezcla de felicidad e ingenuidad. Lucia Berlín escribe acerca de los bailoteos, algunos profesores del Santiago College, la avenida Las Lilas, la iglesia El Bosque, los días de nieve en Portillo y se detiene en una clase de literatura que la marcó:

"Leímos *Don Quijote* por dos años, discutíamos los capítulos todos los días. Un día me tocó leer en voz alta un pasaje donde uno de los personajes de Cervantes, en un manicomio, asegura que puede hacer que llueva cada vez que le apetezca. En ese momento entendí que los escritores tienen el poder de hacer lo que quieran". ●



► Lucia y sus hijos Jeff y Mark en Acapulco, en 1961, retratados por Buddy Berlin.

Leseras de papamoscas

Por Juan Manuel Vial



En *El reino del lenguaje*, un ensayo imprescindible, osado y cómico, el recién fallecido Tom Wolfe ajustició de un guantazo a dos pensadores colosales: Charles Darwin y Noam Chomsky.

En 1869, Darwin aseguró que el lenguaje humano provenía del canto de los pájaros: en tiempos inmemoriales, el hombre comenzó a imitar el trino de las aves y creó así "una protolengua musical".

Por supuesto que la teoría sonaba un poco descabellada, y no faltaron los filólogos distinguidos de la época que se burlaron despiadadamente del arrojo del naturalista inglés (el más sarcástico entre ellos fue Max Müller). Sin embargo, 150 años después del pronunciamiento de Darwin, el origen del lenguaje seguía siendo un misterio, incluso para Noam Chomsky, quien a partir de la década de 1950 se había convertido en sumo sacerdote y tirano máximo de la lingüística universal. En *El reino del lenguaje*, el último y fascinante libro que publicó antes de morir, Tom Wolfe se encarga de fulminar a Darwin y Chomsky con desfachatez, humor y erudición, al tiempo que deja bien establecida la verdad en torno al tema: el habla es un artefacto inventado por el hombre.

Como se sabe, Darwin escribió *El origen de las especies* a la rápida y bastante alterado, puesto que un joven y humilde papamoscas (nombre peyorativo que los naturalistas de alcurnia les daban a quienes recolectaban para ellos especímenes en las selvas tropicales) había llegado a la misma conclusión que él, nada menos que a la teoría de la evolución, idea a la que Darwin le había dedicado una vida de especulaciones e investigaciones secretas. Curiosamente, Alfred Wallace, el papamoscas en cuestión, le envió al propio Darwin el artículo de 20 páginas en donde explicaba su descubrimiento, pidiéndole que por favor se lo hiciese llegar al decano de la especialidad en Inglaterra, sir Charles Lyell, en caso, por supuesto, de que sus observaciones valieran la pena. Lyell era íntimo amigo de Darwin y entre ambos complotaron para disminuir a Wallace y acelerar la publicación de la obra cumbre de Darwin. Mientras ello ocurría en Londres, Wallace se encontraba cazando moscas en Nueva Guinea.

El segundo papamoscas del ineludible relato de Wolfe es Daniel L. Everett, un lingüista de modestísimos orígenes que gastó 30 años de su vida estudiando el habla de los indios amazónicos pirahã. A través de un artículo publicado en 2005, Everett desafió los postulados sacrosantos del insoportable Noam Chomsky, que a la fecha no sólo llevaba 50 años ejerciendo como monarca absoluto de la especialidad, sino que también se había convertido en uno de los intelectuales más populares de la izquierda caviar. "A

Chomsky lo aburrían mortalmente todas aquellas lenguas inanes que los anticuados papamoscas como Everett seguían trayendo del 'campo'. Pero aquel artículo era una afrenta dirigida contra él personalmente, a su nombre", explica Tom Wolfe. El mayor descubrimiento de Everett —los pirahã no utilizaban oraciones subordinadas— echaba por tierra la teoría de la gramática universal de Chomsky, que si bien ha sufrido alteraciones desde que fue formulada en los años 60, básicamente arguye que todas las lenguas comparten ciertas formas universales.

Sin mencionar jamás a Everett por su nombre, aunque acusando el profundo desasosiego que le producía su insolencia, Chomsky movilizó a la academia en contra del papamoscas, mas éste, a diferencia del pobre Wallace, se adelantó y les dio el golpe de gracia a los pálidos y pedantes profesores de Harvard y del MIT: publicó *No duermas, hay serpientes*, un libro mitad antropológico, mitad científico, en el que narraba sus años con los pirahã. Insospechadamente, la obra se convirtió en un bestseller, y a Chomsky y a su patota de neodarwinistas no les quedó otra que reconocer que, en realidad, nada se sabía acerca del origen del lenguaje. Según Wolfe, la revelación, expresada en un artículo titulado *The Mystery of Language Evolution*, "era histórica, pero no en un sentido triunfalista": ahí figuraban "los nombres más respetados en el ámbito del estudio del lenguaje, con Chomsky destacando por encima de todos, ondeando la bandera blanca de la derrota y la vil rendición... después de 40 años seguidos de fracaso".

En suma, Everett, al igual que Max Müller en el siglo XIX, sostenía que el lenguaje no era fruto de la evolución, sino "una herramienta cultural" que el hombre construyó por sí mismo. La clave del asunto reside en una palabra de apariencia intimidante pero de significado iluminador y juguetón: mnemotecnía (la "m" no se pronuncia y basta con teclear "mn" para encontrar de inmediato una definición online). Lo más recomendable, sin embargo, sería llegar a ella a través de *El reino del lenguaje*, tal vez el mejor libro que escribió ese gran provocador de punta en blanco que fue Tom Wolfe.



EL REINO DEL LENGUAJE
TOM WOLFE
Anagrama, 2018
184 pp.
\$ 17.000